

## PRÓLOGO

Hay algunos poetas que tienen la rara virtud de crear un cosmos coherente. No es difícil, para los que frecuentamos diccionarios y teclados, urdir una metáfora brillante, o decantar un ritmo persuasivo, o avecindar un adjetivo y un sustantivo que nadie había reunido antes; pero el resultado —para el que sólo es necesario girar lo bastante la rueda de las combinaciones— no forma parte sino de la calderilla de la creación. Lo difícil, lo realmente insólito, es poseer una visión unitaria y personal de las cosas, y ser capaz de traducirla en poesía. A mi juicio, Juan López-Carrillo es uno de esos poetas.

Juan no es un neófito en el mundo de la poesía, en el que ha vivido —porque un poeta lo es aunque no publique, incluso aunque no escriba— toda su vida. En 1997 dio a la imprenta un primer poemario, *Los años vencidos*, de expresión contenida y vocación moral, y en 1999, un libro inclasificable, *Poemax*, que reunía su obra visual y su poesía en verso, y que incluía un heteróclito «florilegio salaz y libertino», con participación de sus muchos amigos, todo ello bajo el denominador común de lo jocosos y lo procas. En este libro se halla el embrión del que hoy presentamos, *69/modelo para amar*. El conjunto ya relativamente extenso de poemas visuales de *Poemax*, construido en torno al motivo sexual del 69, que suscitaba en los lectores —o contempladores— un alborozo rayano en el fervor, ha desembocado en esta serie caudalosa de composiciones, levemente contrapunteadas por una docena de poemas en verso, que abundan en su tono festivo y, al mismo tiempo, desengañado.

Porque éste es el rasgo fundamental de la poesía de Juan López-Carrillo: esa alegría que percibimos, tan contagiosa, enraizada en una irreprochable propensión al disfrute de los placeres carnales, encubre —o, mejor, transmuta— una tristeza que roza lo desolado; una tristeza que se nutre de soledad

y desconcierto: el devorador desconcierto de estar vivo, la ignorancia del sentido que pueda tener respirar o no respirar, hacer el amor o no hacerlo, escribir versos o no escribirlos.

Los dos ejes sobre los que descansa este volumen son el humor y el erotismo. El humor de Juan López-Carrillo provoca un placer inmediato, pero nunca primitivo. Sus poemas — me consta que largamente elaborados — remiten a múltiples referentes, a hechos de la historia o de la cultura, que es preciso identificar, y se articulan a menudo en forma de juegos de ingenio — lingüísticos o matemáticos —, que obligan a detenerse y a pensar. Los poemas, por otra parte, no son nunca inocentes — que es, junto con la gratuidad, uno de los peores pecados que puede cometer la poesía —: se insertan en la tradición literaria con plena conciencia de sus antecedentes, de los recursos que emplean y de los ecos que pretenden suscitar. Hay frecuentes alusiones literarias, artísticas y hasta mitológicas, que empiezan, claro, por el título del volumen, un homenaje — paronomasia incluida — al genio de Cortázar, que tanto humor y erotismo supo poner en sus libros. Entre muchos otros, López-Carrillo cita en su libro a Quevedo y al Arcipreste de Hita, dos autores que conviene singularizar en este prólogo, porque anteceden a Juan en el uso de la sátira — Quevedo, además, en el gusto por la escatología — y en la confección de una poesía recia y delicada a la vez, en la que conviven la carcajada y el sobrecogimiento helador de la muerte. También el cine suministra al poeta abundante material para sus invenciones. Muchos poemas, agrupados bajo el elocuente rótulo de «Homenaje al cine», evocan a los héroes y antihéroes de Hollywood: triunfadores que huelen a testosterona, como Bogart o Gary Cooper, o fracasados gloriosos, como Woody Allen, que asoma, con su fragilidad, su sarcasmo y su erotomanía — rasgos que comparte Juan López-Carrillo —, en varias de las piezas de éste.

Me interesa ahora subrayar un aspecto peculiar de *69/ modelo para amar*: su profunda incorrección política. Uno respira en libertad en el interior de estos poemas, que no rehúyen lo chabacano y hasta lo soez, siempre y cuando sirvan

a su propósito comunicativo: crear realidades ásperas y puras; objetos, no circunloquios. Catulo no recurrió a la perífrasis cuando escribió: «Os joderé y me la chuparéis, / bujarrón Aurelio y marica Furio...»; tampoco Quevedo cuando pergeñó este endecasílabo: «Su mierda es mierda, y su orina, orina...». La creación poética exige un uso cristalino del lenguaje, ya sea éste hermético o figurativo; es decir, un nombrar que purifique, que devuelva las cosas — sublimes o intestinales — a su centro, a su exacto y desollado ser. Los poemas de López-Carrillo logran este objetivo, porque permanecen incontaminados del Ejército de Salvación lingüístico, que pretende moralizar las palabras, envolverlas en tules de sílabas temerosas e insípidas. La incorrección política de Juan no ofende, sin embargo, a las causas que merecen adhesión; por el contrario, su explicitud las fortalece, porque les otorga un estatuto de igualdad, porque las reconoce, con sus aristas y sus sombras, en el feroz teatro del mundo. La defensa del amor homosexual — con esa hermosa serie de poemas, «Amor heterosexual», «Amor gay» y «Amor lésbico» — y su rotunda oposición a cualquier forma de racismo demuestran que López-Carrillo es irreverente con quien merece irreverencia, pero inequívocamente solidario con los que sufren discriminación.

Alguna consideración requiere la estructura del libro, que subraya determinados aspectos del contenido que ya hemos apuntado. *69/modelo para amar* dista de ser una mera sucesión de poemas visuales. El conjunto se divide en siete grupos de ellos, cada uno de los cuales se corresponde con un día de la semana. El mensaje, creo, es claro: el amor debe prevalecer — es decir, practicarse — siempre. Sin embargo, hay un guiño iconoclasta en esta conclusión: amor y sexo son lo mismo. O, dicho más exactamente, el amor es la excusa para la copulación. No es la primera vez que se dice: también Schopenhauer creía que el amor era un camelo de la naturaleza para la procreación de la especie. Pero conviene que se recuerde de vez en cuando, para alejar los espantajos del sentimentalismo que amenazan siempre a la literatura, y que tan eficazmente agitan las iglesias y

el mercado. Juan López-Carrillo incluye en el título de muchos de sus poemas la palabra «amor». Pero ese amor no es otra cosa que un 69, es decir, una práctica simultánea y recíproca de cunnilingus y felación. Proclama el poeta, así, la primacía de la carne, el componente esencialmente hedónico y material de algo que nos han obligado a considerar una manifestación del espíritu, y, lo que es peor, una institución. Juan plasma en uno de sus poemas —«Homenaje al cine: *Solo ante el peligro*»— la opinión que le merece esa institución, y sitúa el matrimonio a la misma altura que la gonorrea o la candidiasis, en una larga relación de enfermedades de transmisión sexual.

Otro rasgo estructural da complejidad y dinamismo al conjunto: los poemas forman excursos, o bien crean pequeñas series en que se complementan e interrelacionan, o dialogan unos con otros. El mejor ejemplo de excursos lo constituye el club social «Amigos del 69», que encarna —nunca mejor dicho— esa voluntad de socialización, de proyección en la comunidad, que siempre ha caracterizado la obra de López-Carrillo, tan porosa y abierta a todo tipo de lectores. Por su parte, las secuencias de poemas que conforman breves historias, o que juegan con las posibilidades de la duplicidad (por ejemplo «Dr. Jekyll y Mr. Hyde»), cumplen una importante función en el libro: nos exigen, como todo él, una participación activa, cierta complicidad intelectual, pero, a la vez, proporcionan fugaces descansos en el encadenamiento frenético, en el tabletear gozoso de los poemas.

Lo visual y lo textual, en fin, se funden a lo largo de *69/ modelo para amar*: a veces, las figuras del «6» y el «9» rebasan el marco del poema y se pierden en el espacio informe de la página, subrayando el carácter arbitrario de la representación artística y exigiéndonos, de nuevo, un esfuerzo interpretativo para darle a esa anomalía el sentido coherente que pretende el autor. Por su parte, los poemas en verso —claros, concisos y siempre sorprendentes, porque revelan, antes o después, una oscura violencia bajo el manto tranquilo de las palabras— escoltan las piezas visuales, y transitan por sus mismas sendas

de burla y desasosiego. También el dibujo y la fotografía se incrustan inopinadamente en los poemas, para transformarlos en objetos totales, en generadores de chispas y sonrisas, en ejemplo de simbiosis y metálica, en orden y desbaratamiento, en amalgama de connotaciones que se quedan prendidas, como mariposas tristes, en nuestras retinas deslumbradas.

EDUARDO MOGA